

Diez meses de democracia, los espacios, el gobierno, la cultura, lo alternativo

DIEZ meses es muy poco tiempo. O mucho, según se lo mida. Hace diez meses, el primero de marzo, se instalaba el gobierno democrático. Los años de dictadura habían creado varias fantasías, y quien más quien menos, amparado en ansias de democracia imaginaba una era de bonanza a partir de ese día: los uruguayos seríamos todos definitivamente hermanos, todos comprenderíamos y apoyaríamos a nuestros connacionales por encima de diferencias de ideas o de intereses inmediatos. Esa fantasía podía inducir a pensar que era en serio una propuesta de reforma agraria instrumentada por el Partido Nacional por ejemplo, o el repudio de la deuda externa por el Partido Colorado, o la magnánima tolerancia de la izquierda frente a salarios sumergidos. En cambio, diez meses después (que es mucho, muchísimo tiempo para un país donde los hechos se suceden vertiginosamente) la dura y persistente realidad genera una polarización social que dentro de apenas unos días, para cuando se publique esta revista, será quizás mayor, y que puede entenderse como el tránsito por caminos de enfrentamiento social. Hace unos días una encuesta de Equipos publicada por Búsqueda detectaba un rápido vuelco hacia la derecha en la opinión pública a cambio de la pérdida de presencia de las opiniones del centro; la izquierda en tanto permanecía algo así como inmovilizada. De la fraternidad al enfrentamiento en apenas diez meses, la sociedad uruguaya semejaría, para un observador de Marte, el disloque. Porque psicológicamente las sociedades oscilan. Al cabo de la ruptura de barreras de libertad, suelen volverse pacatas y morigeradas. Después de años de censura moral, eligen el destape y la permisividad. Tras las orgías sexuales se vuelven victorianas. Pero esos tránsitos sociales requieren por lo general más de unos meses. En el Uruguay de hoy (y todo esto es un fenómeno cultural, caramba) las cosas ocurren con otra velocidad. El público que ayer llenaba salas cinematográficas con películas políticas, prefiere hoy en día la famosa obra de arte, y hasta los espectadores de pornografía (al fin de cuentas, saludable) se hastiarían de penes y vaginas quizá en menos tiempo del previsto. En un contexto donde la movilización no siempre construye o consolida un espacio político y más bien cierra esos espacios, hay ciertas reglas sociales (culturales) que rigen esos vaivenes: el flujo y reflujo no es casual ni arbitrario, sólo que en el caso uruguayo varios ingredientes complican las cosas. En los hechos, deuda externa, brutal pérdida de poder adquisitivo de las masas, amenaza militar a la vuelta de la esquina, desfinanciación del presupuesto nacional, necesidades de espacio de maniobra política fundamentalmente para el Partido Colorado, hacen que todo se vuelva urgen-

Estas son sólo algunas reflexiones en torno a un juego político que se refleja sobre lo cultural. El país ahora está en democracia. Doce años pasados en dictadura y varios meses en democracia obligan de alguna manera a pensar en lo que nos pasó y lo que nos está pasando. Las conclusiones procuran no ser antojadizas y, en lo posible, quieren servir de base para discusiones plurales, democráticas. Este ensayo procura evitar los prejuicios, las tomas de partido por anticipado y, por lo contrario, abarcar y comprender las razones de una y otra parte.

te e impostergable. Cuando semanas antes de la asunción presidencial, Julio María Sanguinetti decía muy francamente en una rueda de amigos que la deuda externa no era para angustiarse porque como nadie la podía pagar, nadie la pagaría y por lo tanto sería incobrable, es probable que creyera realmente su razonamiento. Cuando observadores internacionales avizoraban la casi inmediata reanudación de relaciones con Cuba, demorada hasta fin de año y escasamente ruidosa, o cuando las bases obreras confiaban en la comprensión de sus necesidades de comer cada día, o cuando los sectores del trabajo cultural y artístico soñaban con el "boom" de la creatividad y de la popularización del arte como expresión de una identidad nacional, partían de sus propios deseos. Pero Sanguinetti, politólogos, artistas, trabajadores y unos cuantos más probablemente preferían olvidar por un rato la realidad, después de doce años de tropezar con ella. Eso ocurría hace diez meses.

Hace algunos meses, en los últimos días de marzo, Cinemateca Revista cerró una edición que finalmente no se imprimió. Uno de los motivos de la postergación fue un artículo que aventuraba un análisis que se entendió finalmente poco adecuado para ese momento. El artículo procuraba ser una aproximación y una interpretación de hechos políticos, sociales y culturales, y ciertamente no parecía demasiado alentador. Para peor, cosas que allí se decían era mejor no decirlas. Ahora, vuelto a leer (nada más que unos meses después), y con la aclaración de que fue escrito en ese lejano, remoto y casi olvidado marzo-abril de 1985, sin cambiar una letra, exime tener que escribir lo mismo, sólo que en pretérito. A lo sumo, desde luego, hay cosas para añadir. El lector las encontrará varias páginas más adelante. Lo que sigue —ahora— son esas viejas reflexiones, con la constancia de que su redacción está embargada por el clima de aquellos días, tan próximos y ya tan distantes del 1.º de marzo.

El 28 de junio de 1973 el centro de Montevideo amaneció despoblado. La avenida 18 de Julio era transitada por tanques, unidades del ejército y efectivos armados a guerra contra un enemigo invisible: ese

enemigo, el pueblo, no estaba en las calles; ocupaba muchos de los lugares de trabajo, tras el comienzo de una huelga general, paralizaba el transporte colectivo de pasajeros o, atemorizado, permanecía en sus casas. Los escasos transeúntes de esa mañana eran desviados en Plaza Independencia antes de llegar a Casa de Gobierno. Los medios de comunicación recibían órdenes de mesa de radio y del Ministerio del Interior sobre qué se podía publicar y en qué términos. Los corresponsales extranjeros acreditados (y no todos habían podido acreditarse) eran convocados al mediodía al Ministerio del Interior en un intento de controlar la información al exterior, aunque los servicios de teletipo desde Montevideo seguían ligados con Buenos Aires desde donde la información salía al resto del mundo, y el Uruguay era noticia. Pero la población no estaba en las calles: había sido reemplazada por miles de soldados con ametralladoras, vehículos artillados, tanques, controles callejeros.

El 1º de marzo de 1985, casi doce años después, Montevideo fue afectado por el pico más alto de una fiebre colectiva que por la noche lanzó a las calles a cientos de miles de ciudadanos, espectadores y partícipes de una convulsión que había traído desde horas antes al aeropuerto de Carrasco a decenas de dignatarios de todo el mundo. El país era nuevamente noticia. En rigor no había dejado de serlo durante la larga década intermedia. En plazas públicas cantaban cubanos, nicaragüenses, argentinos, uruguayos, latinoamericanos, ningún anglófono. Se sucedían conferencias de prensa donde periodistas de todas partes interrogaban a Schulz y a Ortega, a Wilson Ferreira y a un nuevo ministro de Defensa Nacional cívico, civil y muy poco militarista. En la semana se constituían múltiples casas de cultura (con Italia, España, Suecia, Venezuela) como si de pronto las barreras que separaban a este país de los demás, se franquearan súbitamente. El día fue un gran desorden, en contraste con el orden que los años previos habían intentado imprimir a la vida nacional. Pero las calles, la ciudad, todo el territorio nacional estaba invadido por su gente. Los peores temores de los golpistas de 1973 se habían cumplido: el enemigo invisible estaba ahí, los comunistas de todo el mundo (el padre

D'Escoto, Felipe González, el argentino Alfonsín, el cardenal Silva Henríquez, el comandante Ortega) habían desembarcado en un país ocupado por el pueblo, que suele ser mayoría, aunque eso sí, muy desordenado y reacio, muy reacio a aceptar ideas de seguridad nacional, preeminencia occidental y cristiana, respeto a la autoridad por la autoridad misma. No hubo ninguna huelga general: en cambio en los días previos misteriosas y amenazantes llamadas telefónicas anunciaban terribles venganzas: en todos los casos los llamados calificaban de "tupamaros" a sus inminentes víctimas. Eran, provisoriamente, los últimos alardes contra la historia, el intento enloquecido de borrar la realidad, estertores quizás de la esquizofrenia que se quiso contaminar a todo el país.

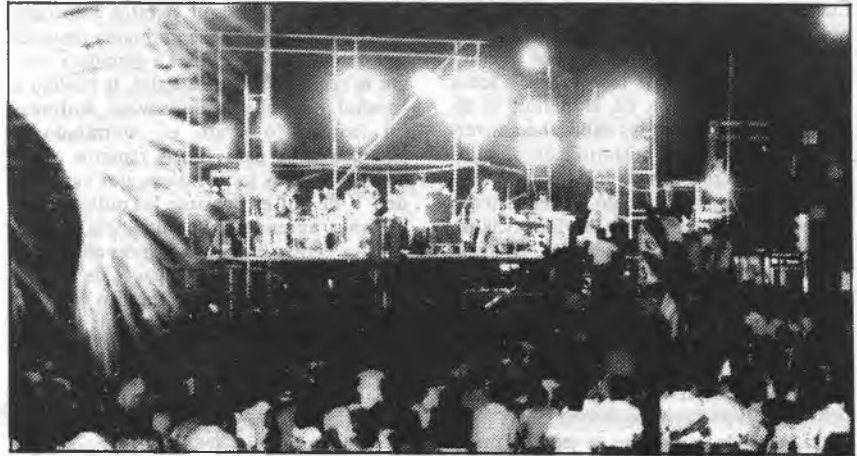
Las reglas de juego

Ambos momentos de la vida del país, el 27 de junio de 1973, y el 1° de marzo de 1985, marcaron reglas de juego. Para el régimen militar se trataba de imponer desde el primer instante del golpe las ideas de clausura, exclusión y soledad. Para la democracia de Sanguinetti, el júbilo del 1° de marzo fue el símbolo del juego libre. Y la noche de ese día fue premeditadamente, la catarsis, puesta en el lugar del terror que había oprimido las voluntades individuales desde el comienzo del régimen cívico-militar. Esas reglas de juego, sin embargo, fueron mucho más complejas que las apariencias en los años de la dictadura y pueden volverse más intrincadas aún en el futuro democrático. Las imposiciones visibles de temor y clausura habilitaron, subterráneamente, a que sucedieran muchas cosas contra la voluntad de los militares. Mientras el régimen intentaba apagar el diseño, el país adquirió conciencia de su identidad: pocas veces el Uruguay estuvo tan unido como en los últimos cinco o seis años de dictadura, pocas veces hubo tal identidad de pensamiento, generada subterráneamente en la resistencia y en el rechazo. El libre juego con que simbólicamente se inicia ahora la democracia busca desactivar esa resistencia, domesticar los extremos, que se contraponen a la idea liberal y batllista de respeto amplio hacia ideas contrarias entre sí. Con lo cual, la regla de juego es algo más compleja que su primera apariencia: no se trata solamente de sacudirse los miedos.

Para eso el *shock*. Desde la noche del 28 de febrero se trata de imprimir un *shock* a la población: mandatarios, personalidades de todo el mundo, lo prohibido a primer plano para que todos vean que era realmente inofensivo, y ahí están cubanos, angolanos, soviéticos, rebeldes salvadoreños, nicaragüenses, compartiendo formalmente la atención pública y oficial con un secretario de estado norteamericano. Y ahí están los Mejía Godoy, Silvio y Pablo, Santiago Álvarez filmando *Reencuentro*. Lo absolutamente inadmisibles hace unos meses está en la calle: banderas comunistas, del Partido y de la UJC, tiñendo de rojo 18 de Julio, reclamos masivos contra las amenazas a la revolución nicaragüense desde un estrado gigante montado y pagado por el nuevo gobierno frente a la Intendencia, los decretos de desproscripción difun-



1o. DE MARZO 85
El Entrevero, a las espaldas



1o. DE MARZO 85
En el Municipio

didos por una cadena de parlantes conectada con CX 8 Radio Sarandí y no con el Sodre, el desaire que el presidente civil infiere a los mandos durante la revista de tropas formadas frente a Casa de Gobierno.

Se busca, en fin, obtener reflejos rápidos sobre el comportamiento social colectivo. Esa acción sobre los individuos y grupos sociales está articulada en función de una idea, el concepto de respeto liberal, batllista, que se liga con la concepción de democracia que el doctor Sanguinetti define en su discurso de investidura. Lo que por la noche sucedió en los dos escenarios montados frente al Entrevero y al Municipio es en verdad significativo. En el Entrevero saltó lo permisivo, muchachas y muchachos zarandeando las zonas más simbólicas de sus cuerpos en un gesto sensual que por primera vez en muchos años tuvo el aval oficial y contra el cual no actuó ninguna represión censora. En una primera lectura ese acto público está reconociendo que en la vida social hace ya un tiempo que fallecieron la represión sexual, los tabúes de nuestros padres y el temor por el qué dirán. En el Municipio se explicitaron propuestas de solidaridad revolucionaria latinoamericana y antimperalista. Es como si implícitamente se reconociera, finalmente, que el Uruguay está en América Latina y que nuestros problemas nos emparentan con los pueblos latinoamericanos que enfrentan la dominación y luchan por zafar de la dependencia. Es el "aggravamiento" quizás.

Si se compara este comienzo del gobierno democrático de Sanguinetti con los comienzos de *Correo de los viernes*, el semanario que definió durante cuatro años la línea de pensamiento político del quincenio, se descubrirán reveladores puntos de contacto. Desde los muy primeros meses de *Correo*, el semanario organizó mesas redondas sobre temas culturales. Y una de las primeras mesas redondas fue, justamente, sobre cultura. Ese panel estaba compuesto por redactores (entre ellos quien esto escribe) y por no redactores del semanario. Entre el público asistente, el doctor Sanguinetti y no muchos más. Porque en aquellos años esas mesas redondas eran más bien clandestinas, con el temor de que en cualquier momento llegara la policía. En esa ocasión se discute y se plantea, en *Correo*, una concepción antropológica de la cultura, no demasiado próxima a la idea tradicional en la materia divergente de las ideas que sobre la cultura había manejado durante décadas el batllismo. Ese año, en diciembre, se asignan por primera vez los *Hermes de Correo*, una estatuilla en vidrio diseñada por Agueda di Cancro, que premian, entre otros, a tres focos subversivos dentro de la cultura: Cinemateca Uruguaya, Teatro Circular de Montevideo, Club de Grabado. Ningún gobierno batllista y tampoco ningún órgano de prensa batllista hubiera premiado con un *Hermes* a esas instituciones ocho o nueve años antes. Como, tampoco, ningún gobierno batllista hubiera cedido espacios públicos pro-revo-



ucionarios o permisivos. (El primer año de Correo fue, incidentalmente, bastante prestigioso.)

Los reflejos inmediatos sobre el comportamiento social de los primeros actos militares consistieron en el temor, el silencio de la gente en las calles, las conversaciones sigilosas, el destornillado de auriculares y micrófonos de los aparatos telefónicos, el lenguaje cifrado, el permanente sobresalto: la cohesión de la vida social se fracturaba en múltiples pedazos. La regla de juego era, entonces, la del ocultamiento, la resistencia subterránea. La sociedad toda se volvía clandestina. Los reflejos colectivos de la democracia de Sanguinetti consisten en dejar aflorar pensamientos, deseos, disensos, libremente, omitiendo los temores. Pero quizás no sea esa, justamente, la regla de juego que se está creando, sino, simplemente, la primera consecuencia superficial sobre el comportamiento social.

Cultura es, también, lo colectivo

Si se admite, aunque sea provisoriamente que cultura es, entre otras cosas, la suma de formas de ser colectivas, es evidente que tanto la dictadura militar como el gobierno democrático de Sanguinetti, implementan nociones de cultura que tratan de transmitir a la sociedad. Con la aclaración de que en el caso de los militares fue un acto espontáneo y primitivo, irracional, seguramente subconsciente, y que en el gobierno democrático es, en cambio, un acto lúcido, racional y programado.

La dictadura en su relación cultural con el país, fue lo más parecido al elefante en el bazar. Pero sería injusto y demasiado simple suponer que todo se reduce a un caso de brutalidad y torpeza animal. Había un propósito primario de desactivación coactiva, provocado por los temores inductos del régimen frente al trabajo cultural y a la gente de la cultura, que "son todos comunistas". Temores que también experimentaban con los partidos políticos y las organizaciones o grupos sociales. Pero había un propósito real y final: la masificación, también compulsiva, que implica la aplicación de la doctrina de la Seguridad Nacional. Para ello era imprescindible la instrumentación de los medios de comunicación, el arte incluido, y era imprescindible que esos medios de comunicación social no pudieran ser reemplazados por el comentario de boca ni por el simple volante. Compul-

sivamente se trataba de desactivar y al mismo tiempo reemplazar hábitos culturales.

Desde luego que ese programa tampoco fue demasiado racional. La dictadura recogió la receta de los manuales, la tradujo al español y se puso a improvisar. Entonces un famoso fotógrafo es contratado en aquellos años para filmar remeros en un bote que todos juntos dicen que van a poder. Y de ahí en adelante los militares empiezan a aprender comunicología, a veces con los peores maestros, a veces con profesionales muy caros e incapaces de modificar el resultado del plebiscito del 80. La manipulación de los medios de comunicación, para masificar culturalmente a la población del país fue, ciertamente, torpe, y quizás el ejemplo más ilustre fue el noticiero Uruguay hoy, que perpetraron otros técnicos para la DINARP. Pero, aunque hubiera sido más hábil, no tuvo en cuenta que en los países del tercer mundo, paradójicamente, es más imprevisible el resultado de la manipulación, porque la realidad acuciante tiene con frecuencia más fuerza sobre las personas que la compulsión de un régimen. El Sha de Irán disponía de todos los medios de comunicación y de los mejores técnicos nacionales e importados, pero un monje loco desde París con cassettes mal grabados y con una tecnología decididamente inferior provocó un cataclismo.

En el Uruguay el propósito real de la dictadura, que consistía en masificar y degradar la cultura, falló, como se sabe. Nunca los estudiantes estuvieron tan politizados como en los últimos años del proceso cívico-militar y nunca la sociedad uruguaya estuvo tan sensibilizada por los derechos humanos, sindicales y políticos como en ese tiempo. No es casual que el Partido Nacional emergiera de los años de dictadura con posiciones radicalizadas que incluyen la reforma agraria. Porque esa sensibilización se apoya en una manera de ser cultural propia, nacional, y además en algunas peculiaridades críticas del uruguayo. Al no poder modificar la realidad, la dictadura tampoco pudo manipular el comportamiento cultural. De manera que mientras el proceso cierra todos los espacios políticos a lo cultural, en la vida real los sectores de la cultura producen la mayor incidencia política que jamás tuvieron (tuvimos) en la vida del país.

Ahora, el gobierno democrático, abre (¿reabre?) esos espacios. Pero ya estaban abiertos por la vía de los hechos, como la misma democracia: las desproscripciones

de hecho de los partidos y organizaciones, la propia libertad que no espera al 1° de marzo. La democracia llega por la práctica de la vida diaria. De manera que el gobierno democrático no consagra esos espacios culturales, sino que oficializa su existencia. Es una consecuencia lógica, ni siquiera puede pensarse que lo hace para "domesticar" los espacios ganados, de ninguna manera. Porque el gobierno democrático llega después que la democracia de hecho, y por eso acepta la concertación: necesita concertar. La consecuencia es que el gobierno Sanguinetti, que llega de atrás, el 1° de marzo, necesita imperiosamente abrir (y mantener) su propio espacio político, abriéndose paso a codazos o como fuere en medio de la barahúnda de reclamos, propuestas, expectativas, no aceptando presiones que implicarían una pérdida de ese espacio a afirmar. Y por eso, finalmente, necesita la apertura de un espacio propio también para la cultura, diferente del que por la vía de los hechos han obtenido los agentes culturales ya desde los tiempos de la dictadura.

Análisis de situación

El 28 de febrero y el 1° de marzo hay dos declaraciones ministeriales claves. Están contenidas en otras declaraciones más generales. Pero el doctor Chiarino de Defensa Nacional anticipa que no habrá cambios en los mandos militares (aunque al día siguiente renuncia Bonelli, fuera de programa), y el doctor Manini Ríos de Interior asegura que mantendrá intocados los servicios de Información e Inteligencia, necesarios para que todo gobierno esté enterado de las cosas que pasan. Exactamente el mismo concepto y exactamente las mismas palabras habían sido dichas a quien escribe por un oficial importante de Información e Inteligencia el 1° de abril de 1984, en las no muy confortables dependencias de Maldonado y Paraguay. (Y de esto hay testigos.) Podría especularse con esa curiosa coincidencia, pero también pudiera pensarse que se trata de algo perfectamente razonable dadas las nuevas reglas de juego.

Para entender la lógica de esta realidad valdría la pena comparar la evolución de los regímenes autoritarios en los cinco países del Cono Sur en los que se han aplicado las recetas de: a) doctrina de la Seguridad Nacional, por la cual el día menos pensado todos los habitantes de un país

podemos ser subversivos y padecer una declaración de guerra por un gobierno autoritario; b) el neoliberalismo económico de la escuela de Chicago de Milton Friedman; c) la transculturización, que pasa por la desintegración de la unidad cultural nacional. Los cinco países, en estricto orden alfabético:

—Argentina. Los militares se van derrotados. Son aplastados en las Malvinas por los británicos. El desprestigio, los crímenes y la corrupción los invalidan moralmente. Objetivamente su situación es vergonzante. El gobierno de Alfonsín se los recuerda a cada momento.

—Bolivia. Los militares se van derrotados por el descalabro económico, y seducidos por la corrupción, el tráfico de coca, las rivalidades y divisiones.

—Brasil. Los militares se van al cabo de un lento proceso de retirada, donde tropezaron con el liberalismo de Carter, con la crisis, con el derrumbe del proyecto de gran nación. La presión popular finalmente determina su salida del gobierno.

—Chile. Hay un jefe militar, Pinochet, y todo parece centrarse en su empecinamiento. Pero se corren apuestas sobre malos, muy malos tiempos futuros.

—Uruguay. Se produce una retirada en orden. Los militares se van derrotados pero no vencidos. Esperan volver a ser, pronto, nuevamente protagonistas. Al menos, ambas cosas, son entendidas así por los militares, que se van.

El hecho real e indudable, en Uruguay, es que el régimen nunca tuvo una cabeza.

¿Quién fue aquí el Pinochet criollo, o el Garrastazú Medici, o el Galtieri uruguayo? Por eso, los militares en sí, como casta o grupo, no se desgastaron: lo que se desgastó fue el régimen, y lo que cayó fue el régimen, empujado por la presión popular. Pero la casta militar alejada y disociada de la sociedad en sí, aislada sobre sí misma, no se desgarró, las posibles contradicciones internas no se profundizaron, y en rigor los militares son ahora espectadores unidos entre sí. Unidad que puede consolidarse: a) si la democracia los afecta parejamente a todos por igual en sus retribuciones económicas, b) si la “mala imagen” se tiende sobre todos también parejamente, c) si la pérdida de *status* social, ahora que se aprendió qué era eso del *status*, los golpea.

Más aún. En este ajedrez político importan las respuestas a algunas preguntas simples. Como éstas: ¿quién llama a plebiscito en el 80?, ¿quién ordena luego la salida en orden y a tiempo, todo lo contrario de lo que ocurrió en Argentina u ocurre en Chile? El tránsito uruguayo del militarismo a la democracia es muy particular y sería apresurado atribuir a simple torpeza de los militares o sus asesores algunas instancias históricas que procesan el deterioro del régimen y determinan su reemplazo. Es en este contexto donde se restablece la democracia en el país. En Argentina la democracia de Alfonsín ante el riesgo militar se mantiene con permanentes apelaciones morales, y la comisión Sábato es quizás el mejor ejemplo de cómo el gobier-

“Si se admite que cultura es, entre otras cosas, la suma de formas de ser colectivas, es evidente que tanto la dictadura militar como el gobierno democrático de Sanguinetti, implementan nociones de cultura que tratan de transmitir a la sociedad, (...) que en el gobierno democrático es un acto lúcido, racional y programado.”

no procede a dejar en evidencia al enemigo derrotado. En Bolivia la democracia se mantiene en un panorama mucho más complejo por la capacidad de maniobra de Siles, por la combatividad de la clase obrera, pero también por la conveniencia de los militares de permanecer fuera del peor caos económico de la historia del país y por el gran pantano de narcotráfico. El gobierno democrático uruguayo necesita su estrategia con repercusión a nivel general y de opinión pública. O si se quiere necesita con urgencia espacio político propio, quizás a costa de los espacios reales ya conquistados. Por eso “oficializa” los espacios reales del Partido Comunista, la FEUU, la CNT, que son desproscriptos, qué más remedio. Por eso, el 1° de marzo hay dos

escenarios, en el Entrevero y en el Municipio. Pero también es cierto que necesita un espacio propio y no prestado.

Lo cual termina explicando los vaivenes a nivel de la Concertación Nacional Programática de los planteos de la CTA (Coordinadora de Trabajadores del Arte) y el final rechazo del profesor Vázquez Romero, subsecretario de Cultura, aceptado y quizás solicitado por su titular doctora Adela Reta para ese cargo. Directa o indirectamente referidos a la cultura, el gobierno de Sanguinetti enfrenta tres problemas: sabe que los militares están cerca, sabe que el espacio popular no le pertenece o le pertenece sólo en parte, sabe que necesita crear su propio aparato para enfrentar al riesgo militar y —quizás— a una posible insurgencia popular. Si hubiera aceptado la propuesta de la CTA, en rigor acordada en la primera etapa de la Concertación, para crear un órgano ejecutivo jerárquico en el Ministerio de Cultura integrado fundamentalmente por delegados gremiales, habría estado aceptando la transferencia de un aparato político (que el gobierno

res de la cultura. Pero eso es parte del juego: para el gobierno lo mejor es que cada cual esté en su lugar y en lo suyo. Las reglas del juego, obviamente, son otras y se están inaugurando ahora mismo. Entre bambalinas, los militares observan.

Simplemente, una digresión

El mecanismo quizás se entienda mejor con algunas referencias al pasado y su comparación con el presente. Antes del 73 hubo represión y hubo muertos, dirigentes sindicales presos, restricciones a la libertad, clausuras, prohibiciones. Después del 73 se acentuó la represión, pero el antecedente venía de antes, aunque en ese momento los objetivos de la represión cambian para un régimen que nace y aspira a permanecer. La represión anterior al 73 servía para la supervivencia de las estructuras de poder. Después del 73 para implantar un poder militar. La economía hasta el 73, fue gobernada atendiendo a las tesis fondomonetaristas. Después del golpe los teóricos respetados fueron los Chicago Boys, el neoli-

movilizaciones. En un gobierno con secreta vocación paternalista es también clara la preferencia por conceder beneficios sociales de *mon proprio* a concederlos bajo presión de las organizaciones sociales (por eso la reacción casi instintiva del Director de Trabajo en el conflicto textil considerando un acto contra el gobierno la inminencia de un paro general). En este contexto se ubican las discusiones sobre la cultura y el trabajo artístico, un ámbito que casi le es ajeno en parte porque la mayoría de la gente de la cultura está fuera del Partido Colorado (y el profesor Vázquez Romero es coherente al romper relaciones).

Sucede, entonces, que el gobierno opera en condiciones diferentes a las de 1973. De la represión pasa a la franca y saludable permisividad, pero ¿hasta cuándo? En economía regresa con cierta rebeldía (al menos aparente) al fondomonetarismo. La enseñanza reabre las autonomías. Pero la duda es hasta dónde está dispuesto a llegar y hasta dónde la presión social que será inevitable, los vigías militares y los intereses transnacionales que también presionan, le dejarán llegar. Ante esas incógnitas de futuro, el único cambio apreciable es la declaración de una filosofía permisiva que tiene sus raíces en el liberalismo. Sobre esa base ideológica el gobierno establece las nuevas reglas del juego que son otras que hace doce años, pero que dependen de esa concepción: el liberalismo como soporte de la democracia formal.

“La propuesta cultural abierta, está —en los hechos— abierta a casi todo, incluso a ideas contrapuestas de cultura, implica la aceptación aluvional, y a la larga, de la dependencia. Todo radica en cómo se instrumente. Y ocurre que el gobierno —que se sepa— no ha articulado un proyecto de cultura.”

necesita para su esquema de fuerzas e influencia) a una base gremial de la que más bien desconfía o teme. Para llegar a adquirir rápidamente su propia fuerza el gobierno emplea su propio estilo: el juego político, en el que los políticos —a diferencia de los militares— tienen real experiencia. Cuando el profesor Vázquez Romero rompe los puentes de contacto con la CTA el último día de la Concertación, y plantea su decisión quizás personal de dialogar con las instituciones (menciona a la Cinemateca expresamente) pero no con los gremios, está llevando adelante un juego político: a) desconoce a la CTA en el futuro inmediato; b) coloca o embreta a las instituciones, todas juntas, en un solo órgano bajo control político, impidiendo toda otra acción institucional a otros niveles y en otros ámbitos; c) eventualmente aspira a obtener una coherencia orgánica de los interlocutores culturales del gobierno, sin riesgos de asambleas gremiales conflictivas. El riesgo para la representación del Partido Colorado en la Concertación área cultural, era una ruptura de nexos, como ocurrió, pero era obvio que los gremios de la cultura no habrían de actuar contra el gobierno naciente ni habrían de manifestar públicamente su discrepancia entre otros motivos porque el gobierno entraba a la vida pública con Silvio y Pablo, o Mejía Godoy, y estaba a su manera dando vida legal a la libertad. En buen romance era un manejo político lógico y racional (desde el punto de vista del Partido Colorado) de la situación. Con un resultado político que no es el ideal pero que sí es satisfactorio para el gobierno, que al menos impide la apertura de un espacio ajeno dentro del propio Ministerio de Cultura: no gana espacio pero no lo pierde. Desde luego, deja en dudas la vocación real de las autoridades por escuchar y atender el pensamiento de los secto-

beralismo. Los grandes centros de poder económico, de los que depende el país, fueron respetados antes y favorecidos después. La enseñanza pública bajo el régimen militar pareció inspirarse en la ley de enseñanza de Sanguinetti anterior al 73. El gobierno anterior al golpe era un gobierno colorado y el régimen era un régimen formalmente democrático. Así llega al tiempo presente otro gobierno colorado que propone explícitamente ideas de solidaridad, el propio presidente declara la necesidad de comprensión recíproca (y pide de paso comprensión a los bancos acreedores), se declara filosóficamente pluralista, respetuoso por el disenso y empeñado en hacerlo respetar. Y en la economía dice no estar dispuesto a continuar con el libre juego económico. ¿Qué está cambiando y qué es sólo apariencia de cambio?

El gobierno Sanguinetti para existir debe desarticular progresivamente todo lo que le quite espacio y lo menoscabe como gobierno, entre otros motivos para adquirir autoridad y peso propio. Es un gobierno con respaldo pero puede perderlo progresivamente si no se fortalece en términos reales y no sólo a nivel de simpatías subjetivas. Los militares están a la espera y deliran con que alguna gente los comience a echar de menos ante tanto desorden que implica la democracia (movilizaciones, amenazas de paros). Pero, sin soluciones económicas a corto plazo, la pauperización de la gente conduce naturalmente a la reclamación y al desorden en el que confían los militares. Un ejemplo de la actitud del gobierno ante las presiones fue la consideración del tema derechos humanos: era necesario liberar a los presos políticos pero al tiempo que cumplía con ese objetivo impuso un principio de autoridad y la liberación se hizo sin que ello implicara la claudicación del gobierno ante la presión de las

Hacia un proyecto de cultura

Se sabe (lo han dicho Chiarino y Manini Ríos) que no serán desarticulados los servicios de inteligencia ni el mundo cerrado de los militares. Se sabe que el gobierno está dispuesto a ganar respetabilidad ante los militares y ante las organizaciones sociales para imponer su autoridad y sobrevivir. Se sabe que para ello necesita construir su propio espacio. También en la cultura, donde no hay mayoría colorada.

Por eso es importante lo que sobre cultura dijo Julio María Sanguinetti en su discurso del 1° de marzo. Aunque el tema cultural no fue explicitado, de allí trasciende una concepción muy interesante de cultura. Porque el presidente ha hablado de que *“tenemos lo más importante: nos tenemos a nosotros mismos”*, que alude a una idea de identidad cultural como forma de cohesión social. Describió al Uruguay tradicional como un país sin temores ni autoritarismo, donde tradicionalmente *“cualquiera podía entrar a cualquier lugar (...) sin sentir que el que pensaba distinto era alguien con el cual antes había llegado a enfrentarse”*, perfil que definió como vital porque al uruguayo *“le va en ello su identidad nacional, un país tolerante y abierto.”*

Por detrás de los dichos, sin embargo, hay otro pedazo de la realidad. La propuesta cultural abierta, está —en los hechos— abierta a casi todo, incluso a ideas contrapuestas de cultura, implica la aceptación aluvional, y a la larga, de la dependencia. Todo radica en cómo se instrumente. Y ocurre que el gobierno —que se sepa— no ha articulado un proyecto de cultura. Por eso quedan sin respuesta concreta algunas interrogantes muy modernas: —¿qué política debe regir los medios de

comunicación?

- ¿qué lugar debe abrirse en un mercado de cultura gobernado por las transnacionales?
- ¿qué se va a hacer con la industria cultural que ya se está instalando?
- ¿y con la transculturización?
- ¿cómo se apoya y expande la expresión de una identidad nacional cultural más allá o más acá de su simple enunciado genérico?

Lo que sí parece claro es que predomina la necesidad de insertar en la cultura un juego en última instancia político en procura de un espacio propio del cual el gobierno todavía carece. El "finale" con Vázquez Romero es tan lógico cuanto previsible: concertar (quizás negociar), concerta quien tiene un espacio, algo que ofrecer pero también algo que imponer a cambio. Es decir, se negocia cuando se tiene capacidad de negociación, o cuando se ha adquirido esa capacidad, pero no antes. Frente a ello, la CTA articuló una serie de planteos culturales que consistieron en el trasplante casi mecánico de procedimientos tomados del ámbito sindical, con la correspondiente cuota de lamentos y reivindicaciones, y sin que en última instancia se hubiera articulado un proyecto sino que por el contrario se procedió a una suma de iniciativas varias a veces coincidentes. Para un gobierno en ciernes no parecía muy razonable conceder o convalidar espacios, cuando su interlocutor gremial —no institucional orgánico— carecía de espacio político real y cuando además carecía de capacidad o de vocación para las siempre molestas movilizaciones que no producen efectos políticos pero agitan la superficie de las aguas. Ergo, no había riesgos en la ruptura.

Aunque en los planteos gremiales de la CTA se podía leer una propuesta, en rigor ésta no estaba articulada. Y de esa lectura se desprendían algunos alertas para el gobierno futuro, porque allí estaba implícita una ruptura con el concepto de cultura habitual durante décadas de vida nacional. Para no hacer historia antigua y retroceder a épocas distantes, es útil recordar que ese concepto sufrió algunas modificaciones a partir de los tiempos de Luis Batlle Berres:

a) El proteccionismo. Por algo han existido tantos proyectos de ley de cine en el país (unos cinco o seis) y por algo en junio de 1952 (Cine Club 13), Homero Alsina Thevenet escribía: "El Estado" (uruguayo) "vende nafta, contrata seguros de automóviles y de incendio, imparte enseñanza en escuelas y liceos, da subsidios a la leche, efectúa transmisiones radiales, patrocina espectáculos de teatro y de música, da premios anuales a la que entiende la mejor producción literaria y teatral. En algunas de esas operaciones gana dinero y lo mantiene en los respectivos entes autónomos; en otras pierde dinero y cubre esas finanzas con diversidad de impuestos, que en definitiva pagan los habitantes. (...) La pregunta es, ahora, la de si el Estado apoya el cine nacional para ganar dinero o para hacer cultura", de donde concluía en las múltiples, "infinitas", posibilidades de hacer cultura. Porque se entendía (y se reclamaba) que el Estado debía ejercer el proteccionismo. Así se proponían hasta dos proyectos de ley de cine a la vez.

b) La ruptura de relaciones. Al mismo tiempo que se producían otras crisis más bien económicas en el país, las relaciones entre cultura y gobiernos que administraban los bienes del Estado, se agrietaron. La movilización por la Ley Orgánica universitaria, o más adelante la del presupuesto universitario, son referencias históricas de ese deterioro al término del cual era obvio y notorio el enfrentamiento entre gobierno y agentes o gestores culturales. Al mismo tiempo había ocurrido una revolución en Cuba, el gobierno había roto relaciones con Fidel Castro, la presencia del "Che" Guevara en Bolivia había incitado al movimiento cultural a romper con la prescindencia cultivada hasta la generación del 45 inclusive, la aparición del MLN-Tupamaros en el Uruguay había convencido a algunos que ésa era la vía adecuada para cambios ya. Gobierno y agentes culturales competían o se enfrentaban.

c) Alguien vendrá que bueno me hará. Al término de doce años de gobierno militar, es posible que políticos colorados y gente de la cultura se permitan ahora la licencia poética de ver con nostalgia la década del 60. Simplemente porque las cosas fueron mucho peor después de 1973.

Al tiempo que desde el gobierno las relaciones con la cultura son sucesivamente de proteccionismo, enfrentamiento y exterminio, desde la cultura, y como propuestas de trabajo se esbozan algunas líneas generales:

-Durante los años del proteccionismo la propuesta que con la perspectiva histórica parece el mejor resumen y culminación es el teatro independiente no sólo ocupa un espacio real sino que desplaza de él a prácticamente todo el teatro comercial. Incluso hoy en día hablar de teatro a secas, implica hablar de teatro independiente.

-Durante los años de la crisis se tiende a un arte politizado o de conciencia social que en algunos casos produce aportes realmente creativos pero en otros se limita a la aplicación indiscriminada de "aga-

rrá el fusil y vamos". Corresponde a un tiempo de enfrentamientos, desde luego. -Durante los años de los militares se elaboran otras propuestas, hacia una concepción alternativa de la comunicación, el construir espacios alternativos, la redefinición de identidad nacional como pauta o modelo cultural y creativo.

Independiente es el artista, el creador, quien elabora la obra o la propuesta que se vierte sobre el público. En cambio quien se enfrenta al poder político catapulta una concepción activa, es un activista, si bien el artista o el creador sigue siendo protagonista, para el caso politizado pero no mucho más que eso. Finalmente la concepción alternativa procura o aspira a que se cree un protagonismo del destinatario de la obra, en la medida que el espacio alternativo implica una participación en ese espacio que se recupera o se quita a la dictadura. La distancia que media entre el concepto de independencia y el de alternativo no es mucha, sin embargo, y la idea proviene de los años del proteccionismo, pero su instrumentación significa en los hechos una concepción realmente diferente. El independiente corre el riesgo de confundirse con el marginal, domesticado por el ámbito proteccionista. La idea de alternativo se opone frontalmente a lo marginal, procura ganar espacio, ampliar un territorio. Por eso también difiere de una concepción partidista que, en los hechos, desplazó de su ámbito de influencia al no-militante, con lo cual en algunos casos se marginó voluntariamente.

Con la aclaración de que las vías alternativas no necesitan del proteccionismo, sino que más bien lo descartan, es claro que dentro del movimiento cultural uruguayo se da una relativa continuidad. El espacio alternativo es un espacio autónomo, que por lo tanto peliga ante el proteccionismo, que puede significar desactivar las vías prácticas, organizativas, masivas, en la medida en que el proteccionismo es el movimiento paternalista desde lo alto del poder político hacia los trabajadores del arte, y en la medida en que el motor de las vías alternativas es la incidencia (sin



CINE "COMPROMETIDO"
Informando sobre el continente

ayuda estatal) de los propios interesados en crear y en recibir el objeto artístico que a la vez es vehículo de comunicación. También es claro que el Estado ha variado permanentemente el tipo de relación con los agentes y productores de cultura, que ha sido sucesivamente —al paso de los años— proteccionista (subsídios al teatro, a las editoriales, a las instituciones), paternalista (contrataciones de artistas o elencos convertidos en funcionarios), tutelar (implantación de normas y después de censuras), restrictivo (discriminaciones sobre quienes se ejerce o no el paternalismo o la censura), represivo (la época de las interdicciones de mediados y fines de los 60), persecutorio (primeras intervenciones policiales al borde del golpe de estado), para terminar en la brutal fractura de la década del 70 donde el país y su cultura se disocian en una cultura del exilio y una cultura del interior.

Es curioso. Mientras el Estado (o el poder político) involuciona de la amistad generosa hasta la enemistad brutal en su relación con la cultura, en grandes líneas el movimiento cultural es mucho más coherente, por encima de hechos o anécdotas poco significativos. Porque siempre hubo rebeldes al proteccionismo o complacientes ante la represión, que al fin de cuentas no hicieron verano. De esa manera, a fines de los 70 se afirma el concepto de alternativo que, desde luego, excluye (mansamente, sin enfrentamientos radicalizados, con constancia) a lo "oficial", es decir al Estado o al poder político. Hasta que el país regresa a la democracia. Y la democracia encuentra al movimiento cultural parado sobre esquemas organizativos probados que no fueron concebidos pensando en la existencia del poder estatal. Y he aquí que el nuevo gobierno, administrador del Estado, también propone ocuparse de la

cultura. Como para que la gente de la cultura no desconfíe. Y como para que las autoridades —simétricamente— no desconfíen también de la gente de la cultura.

La nota de fines de marzo proseguía con la referencia a un ensayo de Carlos Maggi en Jaque (febrero 8, 1985, "La cultura: plan para ponerla por las nubes") y su propuesta de comunicación masiva estatal, comunicación masiva alternativa, y comunicación de base alternativa. Esa discriminación estaba apenas insinuada en el artículo de Maggi, pero llamaba la atención. Desde el 21 de febrero, por el Boletín de Pressur, se sabía que los nuevos directores de cultura del Municipio de Montevideo habían entregado al Intendente Aquiles Lanza un informe instando "a la creación de un circuito cultural montevideano", algo así como vías alternativas, proteccionismo municipal mediante. Luego, los hechos siguieron sucediéndose: Vázquez Romero falleció; Maggi fue propuesto a la Dirección de Canal 5, el gobierno tuvo que elegir y su opción se recuerda. Esa otra historia, sin embargo, no invalida, sino que más bien reafirma las conclusiones de lo escrito en marzo, porque allí se hacía referencia al desconcierto del gobierno de la cultura y de los productores de cultura, sectores bastante diferentes unos y otros. Y con reales dificultades de avenirse recíprocamente. Los hechos parecen confirmar esas dificultades, que pueden agravarse en la medida en que no éstas, si no otras violentas desavenencias se vayan dando en el país.

Cada vez es menos compatible el lenguaje y las acciones de los gremios con el lenguaje y las medidas del gobierno en materia laboral. Para el gobierno se trata de un problema vital: va a pagar, renegociación de por medio, la deuda externa, debe cortar un déficit presupuestal, debe solucionar la deuda interna, necesita producir ingresos globales de divisas, está impelido a contentar a militares que estuvieron cerca o dentro del gobierno hasta hace seis meses, entiende que sólo puede negociar con las transnacionales que dominan la vida del país desde una posición de respetabilidad y seriedad. Para los sectores populares del país, sin embargo, se trata también de un problema vital: por más que se comprendan eventualmente las razones del gobierno, si quien las comprende come apenas una vez cada dos días porque es un privilegiado, difícilmente depondrá su necesidad personal ante los problemas de estrategia del gobierno. Porque al fin y al cabo lo que sucede es muy simple: el país salió de un régimen digamos autoritario hacia una democracia formal a partir de múltiples fuerzas coincidentes, una de las cuales es la convicción de quienes dominan económicamente a la zona (transnacionales con asiento político en los países hegemónicos occidentales) de que la dependencia económica del Uruguay no se habría de quebrar y que la válvula de escape y de aire fresco de una democracia no venía mal para prolongar esa dominación. Esa es la real presión externa sobre el gobierno y con ella y ante ella y debe manejarse. Lo hace a partir de una filosofía política liberal con la que procura afirmar su estabili-

dad y las formas democráticas. Pero en ese juego de presiones desatiende, porque desde su estrategia de gobierno no tiene otras alternativas, las urgencias perentorias de los sectores populares, que se convierten en una presión social interna, a la que se trata de desactivar por medios más o menos lícitos para permitir el espacio y el tiempo que estima necesarios para su respetabilidad y seriedad. En ese juego gana mayor espacio político, amparado por los vaivenes que detecta Equipo's, al tiempo que por la propia marcha de los hechos el movimiento sindical y la izquierda tienden a cristalizarse. Sin contar con otra estrategia, de la que participa el Partido Nacional, de marginar a la oposición proletaria y de izquierda.

Si este análisis es válido, no hay muchas razones para el optimismo. Pero también habría que plantearse algunas interrogantes cuya respuesta es urgente. Así como durante los años de dictadura el movimiento cultural fue, realmente, con todas sus variantes de canto popular y teatro, alternativas de cine y comienzo de formas de gestión cultural de base, uno de los ejes que impidió la disociación de los uruguayos, ¿cuál puede ser el papel del movimiento cultural ante los tiempos que ojalá no lleguen? Cuando la idea de identidad nacional, cuando la búsqueda de las raíces que explican y fundamentan nuestra unidad como nación pasan a ser uno de los impulsos que vitaliza al movimiento cultural a partir del 78 o el 79, el efecto empieza a obrar como un antídoto contra la fragmentación social. Entonces, ¿no existe todavía la posibilidad que desde la cultura se tiendan puentes? Del mismo modo que desde un frente político se manifiesta en todos los sectores la necesidad de un punto de coincidencia, llámese acuerdo o pacto o concierto, también parece razonable pensar que en un medio cultural son posibles esas bases mínimas de acuerdo. Quizás todo pase por un proyecto de cultura, que el movimiento cultural de un modo u otro tiene o intuye y que por las apariencias no existe claramente delineado en el gobierno, el cual oscila entre ideas paternalistas (un proyecto de fomento de las artes por medio de premios, por ejemplo) o dificultosamente practicables (una ley de teatro que requiere financiación cuando el dinero justamente escasea en Cultura). Porque esas definiciones pueden agravar las posibles contradicciones y los resquemores recíprocos o solucionarlos. El tiempo corre en contra del gobierno, que no ha viabilizado (y ni siquiera difundido) un programa económico. Las necesidades de construir su propio espacio, su propio ámbito, su propio aparato, puede llevar al gobierno a una desinteligencia con el movimiento cultural, que justamente opera a partir de ideas de espacios alternativos. Antes que las cosas ocurran, no estaría mal preverlas. Todo el país está cada día más en vilo. Como argumentaba Jellinek, "no podemos impedir que los pájaros vuelen sobre nuestras cabezas, pero sí que hagan nido en ellas". La responsabilidad, en la cultura, es todavía y por poco tiempo de "nosotros mismos".



HERRERO/MUERTE
Éxito del Circular

M. Martínez Carril

